

PARTE II

DOS ASPECTOS DEL LENGUAJE
Y DOS TIPOS DE
TRASTORNOS AFASICOS

por
ROMAN JAKOBSON

I. LA AFASIA COMO PROBLEMA LINGÜÍSTICO

Si la afasia es un trastorno del lenguaje, según sugiere el propio término, entonces todo intento de descripción y clasificación de los síndromes afásicos debe empezar por preguntarse cuáles son los aspectos del lenguaje alterados en las diversas clases de afasia. Este problema, que hace ya tiempo abordó Hughlings Jackson ¹, no puede resolverse sin la colaboración de lingüistas profesionales familiarizados con la estructura y el funcionamiento del lenguaje. Para estudiar adecuadamente una ruptura en las comunicaciones, es preciso haber entendido previamente la naturaleza y la estructura del modo particular de comunicación que ha dejado de funcionar. La lingüística trata del lenguaje en todos sus aspectos: del lenguaje en acto, del lenguaje en evolución ² (*drift*), del lenguaje en

¹ HUGHLINGS JACKSON: «Papers on affections of speech» (reeditados y comentados por H. HEAD), *Brain*, XXXVIII (1915).

² E. SAPIR: *Language* (Nueva York, 1921). [Traducción castellana, F. C. E., México (1954), reeditada: Ca-

la etapa de su formación y (del lenguaje en trance de descomposición.)

Hay actualmente psicopatólogos que conceden considerable importancia a los problemas lingüísticos que implica el estudio de los trastornos del lenguaje³; algunos de estos problemas se han abordado en los mejores tratados recientes sobre la afasia⁴. Y, sin embargo, la mayoría de las veces, se ignora aún esta justa insistencia en la contribución de los lingüistas al estudio de la afasia. Por ejemplo, un libro nuevo que trata con amplitud los complejos e intrincados problemas de la afasia infantil pide que se coordinen los esfuerzos de varias disciplinas, reclamando la cooperación de otorrinolaringólogos, pediatras, audiólogos, psiquiatras y educadores; pero se pasa por alto la ciencia del lenguaje, como si las alteraciones en la percepción del habla no tuvieran nada que ver con éste⁵. Esta omisión es tanto más lamentable

pítulo VII: «El lenguaje como producto histórico: sus transformaciones» (pág. 169) (T.).}

³ Véase, por ejemplo, el debate sobre la afasia en la *Nederlandsche Vereeniging voor Phonctische Wetenschappen*, con artículos del lingüista J. VAN GINNEKEN y de dos psiquiatras, F. GREWEL y V. W. D. SCHENK, *Psychiatrische en Neurologische Bladen*, XLV (1941), págs. 1035 y sigs.; cf., además, F. GREWEL, «Aphasie en linguistiek», *Nederlandsch Tijdschrift voor Geneeskunde*, XCIII (1949), págs. 726 y sigs.

⁴ A. R. LURIA: *Travmatičeskaja afazija* (Moscú, 1947); KURT GOLDSTEIN: *Language and language disturbances* (Nueva York, 1948, trad. cast., cit. en nota 25 de la parte I, Ed. Científico Médica, Barcelona, 1950); ANDRÉ OMBREDANE: *L'aphasie et l'élaboration de la pensée explicite* (París, 1951).

⁵ H. MYKLEBUST: *Auditory disorders in children* (Nueva York, 1954).

cuanto que el autor es director de estudios clínicos sobre afasia y audición infantil en la Northwestern University, que cuenta entre sus lingüistas a Werner F. Leopold, con mucho el mejor especialista americano en el lenguaje de los niños.

También los lingüistas son responsables del retraso con que se ha emprendido una investigación conjunta sobre la afasia. Con respecto a los afásicos no se ha realizado nada comparable a la detallada investigación lingüística llevada a cabo con niños de varios países, ni tampoco se ha intentado interpretar y sistematizar desde el punto de vista lingüístico los múltiples datos clínicos de que disponemos sobre diversos tipos de afasia. Esto es aún más sorprendente desde el momento en que, por un lado, el notable progreso de la lingüística estructural ha proporcionado al investigador instrumentos y métodos eficaces para el estudio de la regresión verbal y que, por otro, la desintegración afásica de la trama verbal puede mostrar al lingüista nuevas particularidades de las leyes generales del lenguaje.

La aplicación de criterios puramente lingüísticos a la interpretación y clasificación de los datos sobre la afasia puede suponer una contribución esencial a la ciencia del lenguaje y de sus alteraciones, siempre que los lingüistas permanezcan tan cuidadosos y prudentes al manejar datos psicológicos y neurológicos como lo han venido siendo en su propio terreno. Ante todo, tendrían que familiarizarse con los términos y procedimientos técnicos de las disci-

plinas médicas que se aplican al estudio de la afasia, sometiendo los informes sobre casos clínicos a un análisis lingüístico completo, y además tendrían que trabajar ellos mismos con pacientes afásicos para conseguir una información directa, en vez de contentarse con reinterpretar observaciones concebidas y realizadas con miras muy distintas de las suyas.

Los psicólogos y lingüistas que durante los últimos veinte años se han enfrentado con los fenómenos afásicos se han mostrado notablemente de acuerdo en lo que respecta a cierto aspecto de éstos: la desintegración de la trama sonora⁶. Esta disolución sigue un orden temporal de gran regularidad. La regresión afásica ha resultado ser un espejo de la adquisición de los sonidos del habla por parte del niño, mostrando el desarrollo de éste a la inversa. Más aún: la comparación del lenguaje infantil y la afasia nos permite establecer ciertas leyes de

⁶ El empobrecimiento del sistema fónico en la afasia ha sido observado y tratado por la lingüista MARGUERITE DURAND junto con los psicopatólogos TH. ALAJOUANINE y A. OMBREDANE (en su trabajo de equipo *Le syndrome de désintégration phonétique dans l'aphasie*, París, 1939) y por R. JAKOBSON (un primer trabajo presentado al Congreso Internacional de Lingüistas de Bruselas de 1939 —véase N. TRUBETZKOY, *Principes de phonologie*, París, 1949, traducción francesa en la que dicho trabajo va incluido como apéndice, T.—) dio lugar posteriormente a «Kindersprache, Aphasie und allgemeine Lautgesetze», *Uppsala Universitets Årsskrift*, 1942, 9 —incluido en los *Selected Writings* citados, tomo I, «Phonological studies», Mouton & Co., La Haya, 1962, T.—; se amplían estos estudios en la obra *Sound and Meaning*, que ha de publicar Wiley and Sons junto con The Technology Press). Cf. K. GOLDSTEIN, págs. 32 y sigs.

implicación. Esta búsqueda del orden de adquisiciones y pérdidas y de las leyes generales de implicación no puede limitarse a la estructura fonemática, sino que debe extenderse al sistema gramatical. Tan sólo se ha hecho un pequeño número de intentos en esta dirección, y estos esfuerzos merecen continuarse ⁷.

⁷ En la clínica de la Universidad de Bonn, un lingüista, G. KANDLER, y dos médicos, F. PANSE y A. LEISCHNER, han emprendido una investigación conjunta sobre ciertos trastornos gramaticales: véase su informe, *Klinische und Sprachwissenschaftliche Untersuchungen zum Agrammatismus* (Stuttgart, 1952).

II. EL CARACTER DOBLE DEL LENGUAJE

Hablar supone seleccionar determinadas entidades lingüísticas y combinarlas en unidades de un nivel de complejidad más elevado. Esto se ve claramente a nivel léxico: el hablante selecciona palabras y las combina formando frases de acuerdo con el sistema sintáctico del lenguaje que emplea, y a su vez las oraciones se combinan en enunciados. Pero el hablante no es en modo alguno totalmente libre en su elección de palabras: ha de escoger (excepto en el caso infrecuente de un auténtico neologismo) de entre las que le ofrece el repertorio léxico que tiene en común con la persona a quien se dirige. El ingeniero de la comunicación se aproxima particularmente a la esencia del acto de habla cuando admite que, en el caso de un intercambio óptimo de información, hablante y oyente disponen más o menos del mismo «fichero de representaciones *prefabricadas*»: el emisor de un mensaje verbal escoge una de estas «posibilidades preconcebidas» y

por parte del receptor se supone una elección idéntica a partir del mismo conjunto de «posibilidades ya previstas y preparadas»⁸. Así el acto de hablar requiere para ser eficaz que aquellos que intervienen en él utilicen un código común.

«¿Has dicho *pig* (cerdo) o *fig* (higo)?» dijo el Gato. «He dicho *pig*» replicó Alicia⁹. En este enunciado concreto, el receptor felino trata de captar nuevamente una elección lingüística realizada por el emisor. En el código común al Gato y a Alicia, es decir, en el inglés hablado, la diferencia entre una oclusiva y una fricativa, en un contexto por lo demás idéntico, puede cambiar el sentido del mensaje. Alicia había usado el rasgo distintivo «oclusiva/fricativa», rechazando el segundo y eligiendo el primero de los dos miembros de la oposición, y había combinado esta solución, en el mismo acto verbal, con varios otros rasgos simultáneos, usando el carácter grave y tenso de /p/ en contraposición a lo agudo de /t/ y a lo flojo de /b/. De este modo todas las características citadas se han combinado en un haz de rasgos distintivos: lo que se llama un fonema. Al fonema /p/ seguían los fonemas /i/ y /g/, que a su vez son también haces de rasgos distintivos articulados simultáneamente. Así, pues, la concurrencia de entidades simultáneas y la conca-

⁸ D. M. MACKAY, «In search of basic symbols», *Cybernetics*, Transactions of the Eighth Conference (Nueva York, 1952), pág. 183.

⁹ LEWIS CARROLL: *Alicia en el país de las maravillas*, cap. VI.

tenación de entidades sucesivas son los dos modos según los cuales los hablantes combinamos los elementos lingüísticos.

Ni los haces como /p/ o /f/ ni las series de haces como /pig/ o /fig/ se inventan cuando el hablante los emplea. Como tampoco el rasgo distintivo «interrumpido/continuo» o el fonema /p/ pueden aparecer fuera de un contexto. El rasgo oclusivo aparece combinado con otros rasgos concurrentes determinados y el repertorio de posibles combinaciones de tales rasgos en fonemas como /p/, /b/, /t/, /d/, /k/, /g/, etc., se halla limitado por el código del lenguaje de que se trate. El código limita las posibilidades de combinar el fonema /p/ con otros fonemas que lo sigan y/o le precedan, además de que tan sólo una parte de las series de fonemas permitidas se usa realmente en el repertorio léxico de una lengua dada. Aun cuando otras combinaciones de fonemas son teóricamente posibles, el hablante, por lo regular, es un usuario, no un acuñador de palabras. Al enfrentarnos con palabras determinadas esperamos que sean unidades codificadas. Para comprender la palabra nylon es preciso saber la significación que asigna a este vocablo el código léxico del castellano moderno.

En toda lengua existen también grupos de palabras codificados llamados en inglés palabras-frase (*phrase-words*). El significado de la locución *qué tal va eso* no puede deducirse de la suma de los significados de sus elementos constitutivos léxicos; el todo no es igual a la suma de las partes. Aquellos grupos de pala-

bras que se comportan a este respecto como una sola palabra constituyen un caso frecuente, pero, sin embargo, marginal. Para comprender la inmensa mayoría de los grupos de palabras basta con conocer sus elementos y las reglas sintácticas de su combinación. Dentro de estas limitaciones tenemos libertad para variar los contextos de las palabras. Esta libertad es, por supuesto, relativa, y considerable la presión de los clichés habituales sobre nuestra elección de combinaciones. Pero es innegable que existe cierta libertad para componer contextos radicalmente nuevos, pese a la relativamente baja probabilidad estadística de que aparezcan éstos.

Por tanto en la combinación de las unidades lingüísticas se sigue una escala de libertad creciente. En la combinación de rasgos distintivos para constituir fonemas, la libertad del hablante individual es nula; el código tiene ya establecidas todas las posibilidades utilizables en un lenguaje dado. La libertad de combinar los fonemas en palabras se circunscribe al caso marginal de la acuñación de términos. El hablante se halla menos coartado cuando se trata de formar frases con las palabras. Y, finalmente, la acción coactiva de las reglas sintácticas cesa a la hora de combinar frases en enunciados, aumentando así considerablemente la libertad de cada hablante para crear nuevos contextos, aunque tampoco aquí se pueda pasar por alto lo estereotipado de numerosos enunciados.

(Todo signo lingüístico se dispone según dos modos:)

1) La combinación:—Todo signo está formado de otros signos constitutivos y/o aparece únicamente en combinación con otros signos. Esto significa que toda unidad lingüística sirve a la vez como contexto para las unidades más simples y/o encuentra su propio contexto en una unidad lingüística más compleja. De aquí que todo agrupamiento efectivo de unidades lingüísticas las congloba en una unidad superior: (combinación y contextura son dos caras de la misma operación.)

2) La selección:—La opción entre dos posibilidades implica que se puede sustituir una de ellas por la otra, equivalente a la primera bajo un aspecto y diferente de ella bajo otro. De hecho, selección y sustitución son dos caras de la misma operación.

Ferdinand de Saussure advirtió claramente el papel fundamental que estas dos operaciones desempeñan en el lenguaje. Sin embargo, de las dos variedades de combinación —concurrentencia y concatenación—, el lingüista de Ginebra sólo reconoció la segunda, la sucesión temporal. Pese a su propia intuición del fonema como conjunto de rasgos distintivos concurrentes (*éléments différentiels des phonèmes*), el científico sucumbió al prejuicio tradicional acerca del carácter lineal del lenguaje «qui exclut la possibilité de prononcer deux éléments à la fois».¹⁰

A fin de delimitar los dos modos de relación

¹⁰ F. DE SAUSSURE: *Cours de linguistique générale*, 2.ª ed., París, 1922. [Trad. cast. de A. Alonso, Buenos Aires, Losada, 1945, reeditada.]

que hemos descrito como combinación y selección, F. de Saussure establece que el primero «es *in praesentia*; se apoya en dos o más términos igualmente presentes en una serie efectiva», mientras que el segundo «une términos *in absentia* en una serie mnemónica virtual». Es decir, la selección (y, correspondientemente, la sustitución) se refiere a entidades asociadas en el código, pero no en el mensaje dado, mientras que, en el caso de la combinación, las entidades a que se refiere se hallan asociadas, bien en ambos, bien solamente en el mensaje. El receptor percibe que el enunciado (mensaje) es una combinación de partes constitutivas (frases, palabras, fonemas, etc.) seleccionadas de entre el repertorio de todas las partes constitutivas posibles (código). Los elementos de un contexto se encuentran en situación de *contiguidad*, mientras que en un grupo de sustitución los signos están ligados entre sí por diversos grados de similitud, que fluctúan entre la equivalencia de los sinónimos y el núcleo común de los antónimos.

Estas dos operaciones proporcionan a cada signo lingüístico dos conjuntos de *interpretantes*, por emplear el útil concepto que introdujo Charles Sanders Peirce¹¹: dos referencias sirven para interpretar el signo—una al código y otra al contexto, ya sea éste codificado o libre; y en ambos modos el signo se ve remitido a otro conjunto de signos-lingüísticos, mediante una relación de *alternación* en el primer caso y

¹¹ C. S. PEIRCE: *Collected Papers*, II y IV (Cambridge, Mass., 1932, 1934); ver el índice por materias.

de yuxtaposición en el segundo. Una unidad significativa determinada puede sustituirse por otros signos más explícitos del mismo código, revelando así su sentido general, mientras que su significado contextual viene definido por su relación con otros signos dentro de la misma serie.

Los elementos constitutivos de todo mensaje están ligados necesariamente con el código por una relación interna y con el mensaje por una relación externa. El lenguaje, en sus diversos aspectos, emplea ambos modos de relación. Tanto si se intercambian mensajes como si la comunicación se dirige unilateralmente del emisor al receptor, debe existir cierta contigüidad entre los protagonistas de un acto verbal para que esté asegurada la transmisión del mensaje. La separación espacial, y con frecuencia temporal, entre dos individuos, emisor y receptor, se ve salvada por una relación interna: debe haber cierta equivalencia entre los símbolos usados por el emisor y los que el receptor conoce e interpreta. Sin semejante equivalencia el mensaje es infructuoso—, aun cuando alcanza al receptor no le afecta.

III. EL TRASTORNO DE LA SEMEJANZA

Está claro que los trastornos del habla pueden afectar en grado variable la capacidad del individuo para combinar y seleccionar las unidades lingüísticas; de hecho, la cuestión de saber cuál de estas dos operaciones resulta principalmente dañada alcanza notable importancia en la descripción, análisis y clasificación de las diversas formas de afasia. Esta dicotomía es tal vez aún más sugestiva que la distinción clásica (que no discutiremos en este artículo) entre afasia *emisora* y *receptora*, que indica cuál de las dos funciones utilizadas en los intercambios lingüísticos, la codificación o la decodificación de los mensajes verbales, se ve particularmente afectada.

Head intentó clasificar los casos de afasia en grupos definidos¹² y asignó a cada una de las

¹² H. HEAD: *Aphasia and kindred disorders of speech*, I (Nueva York, 1926).

variedades «un nombre escogido para señalar la deficiencia más marcada que manifiesten en el manejo y la comprensión de palabras y frase» (página 412). Siguiendo este método, distinguiremos dos tipos básicos de afasia—según que la principal deficiencia resida en la selección y la sustitución, con relativa estabilidad de la combinación y la contextura, o bien, a la inversa, en la combinación y la contextura, con relativa conservación de la selección y la sustitución normales. Al esbozar estos dos modelos opuestos de afasia voy a utilizar principalmente datos de Goldstein.

Para los afásicos del primer tipo (los de selección deficiente), el contexto constituye un factor indispensable y decisivo. Cuando se les muestran retazos de palabras o de frases, tales pacientes las completan rápidamente. Hablan por pura reacción: mantienen fácilmente una conversación, pero les es difícil iniciar un diálogo; son capaces de replicar a un interlocutor real o imaginario cuando son, o creen ser, los destinatarios del mensaje. Les cuesta especial trabajo practicar, e incluso comprender, un discurso cerrado como el monólogo. Cuanto más dependan sus palabras del contexto más éxito tendrán en sus esfuerzos de expresión. Se encuentran incapaces de articular una frase que no responda ni a una réplica de su interlocutor ni a la situación que se les presenta. La frase «está lloviendo» no puede articularse a menos que el sujeto vea que realmente llueve. Cuanto más profundamente se inserte el enunciado en el contexto (verbal o no verbalizado), más pro-

bable se hace que esta clase de pacientes llegue a pronunciarlo.

De igual modo, la palabra menos afectada por la enfermedad será la que más dependa de otras de la misma frase y la que más se refiera al contexto sintáctico. Así, son más resistentes las palabras sometidas sintácticamente al régimen o la concordancia gramaticales, mientras que tiende a omitirse el principal agente subordinador de la oración, es decir, el sujeto. Como es en el primer paso donde el paciente tropieza con su principal obstáculo, es obvio que fracasará precisamente en el punto de partida, la piedra angular de la estructura de la oración. En este tipo de trastorno del lenguaje, las frases se conciben como secuelas elípticas que han de completar las dichas, cuando no imaginadas, con anterioridad, por el afásico mismo, o recibidas por él de un interlocutor que también puede ser ficticio. Las palabras clave pueden saltarse o reemplazarse por sustitutos anafóricos abstractos¹³. Como ha señalado Freud¹⁴ un nombre específico se reemplaza por otro muy general, como *machin* o *chose* en el habla de los afásicos franceses. En un caso alemán dialectal observado por Goldstein (págs. 246 siguientes; pág. 64 de la trad.) *Ding* (cosa) o *Stückle* (trozo) reemplazaban todos los nombres inanimados y *überfahren* (realizar) todos los verbos que podían identificarse a partir del

¹³ L. BLOOMFIELD: *Language* (Nueva York, 1933), capítulo XV: «Substitution».

¹⁴ S. FREUD: *On aphasia* (Londres, 1953), pág. 22.

contexto o de la situación y que consiguientemente parecían superfluos a la paciente.

Las palabras dotadas de una referencia inherente al contexto, como los pronombres y los adverbios pronominales, y las que sólo sirven para construir el contexto, como las partículas auxiliares y de conexión tienen grandes probabilidades de sobrevivir. Servirá como ilustración un típico enunciado de un paciente alemán, recogido por Quensel y citado por Goldstein (pág. 302; 315 de la trad. cast.):

«Ich bin doch hier unten, na wenn ich gewesen bin ich wees nich, we das, nu wen ich, ob das nun doch, noch, ja. Was Sie her, wenn ich, och ich weess nicht, we das hier war ja...»

Vemos, pues, cómo sólo el armazón, los eslabones de la comunicación, se conservan cuando este tipo de afasia ha alcanzado su etapa crítica.

Desde la alta Edad Media, la teoría del lenguaje viene afirmando insistentemente que la palabra aislada de un contexto carece de significado. Esta afirmación, sin embargo, sólo es válida en el caso de la afasia o, más exactamente, de un tipo de afasia. En los casos patológicos a que nos estamos refiriendo, una palabra aislada no significa otra cosa que «bla, bla, bla». Numerosos tests han descubierto que para tales pacientes dos apariciones de la misma palabra en contextos diferentes son meros homónimos. Dado que los vocablos distintivos transmiten más información que los homónimos, algunos afásicos de este tipo tienden a reemplazar las variantes contextuales de una misma palabra por diferentes términos, cada uno de

los cuales es específico para un entorno dado. Así, la paciente de Goldstein no pronunciaba nunca la palabra *cuchillo* sola, sino que, según su uso y las circunstancias, llamaba al *cuchillo* alternativamente *cortaplumas*, *mondador*, *cuchillo de pan* o *cuchillo y tenedor* (pág. 62; 66 de la trad. cast.); de esta forma la palabra *cuchillo*, *forma libre*, capaz de presentarse aislada, se convertía en una *forma ligada*.

«Tengo un piso muy bonito, vestíbulo, dormitorio, cocina», dice la paciente de Goldstein. «No, también hay pisos grandes, sólo en la parte de atrás viven los solteros.» En lugar de *solteros*, podía haberse escogido una forma más explícita, el grupo *gente no casada*, pero la hablante prefirió emplear un solo término; cuando se le insistió para que respondiera lo que era un soltero, la paciente no contestó: «aparentemente estaba distraída» (p. 270; p. 283 de la trad. cast.). Una respuesta como «un soltero es un hombre que no está casado» o «un hombre que no está casado es un soltero» hubiera supuesto una predicación en forma de ecuación y, por lo tanto, la proyección de un conjunto o grupo de sustitución tomado del código léxico de la lengua dentro del contexto del mensaje dado. Los términos equivalentes se transforman en partes correlativas de la frase y como tales ligadas por la contigüidad. La paciente era capaz de escoger el término adecuado, *soltero*, cuando se apoyaba en el contexto de una conversación habitual sobre los «pisos de soltero», pero no podía utilizar el grupo de sustitución *soltero = hombre no casado como*

tema de la frase, porque se encontraba alterada su capacidad de efectuar selecciones y sustituciones autónomas. La ecuación proposicional que se pedía en vano a la paciente no transmite otra información que «soltero significa hombre no casado» o «un hombre no casado se llama soltero».

La misma dificultad surge cuando se pide al paciente que nombre un objeto que el observador señala o maneja. El afásico cuya facultad de sustitución se encuentra alterada no podrá completar con el nombre de un objeto el gesto que hace el observador al indicarlo o tomarlo. En lugar de decir «eso se llama un lápiz», se contentará con añadir una observación elíptica acerca de su uso: «escribir». Si se halla presente uno de los signos sinónimos (como pueden serlo la palabra *soltero* o el gesto de señalar un lápiz), el otro signo (la locución *hombre no casado* o la palabra *lápiz*) se convierte en redundante y por tanto en superfluo. Para el afásico, ambos signos siguen una distribución complementaria; si el observador produce uno de ellos, el paciente evitará el otro; su reacción típica será lo de «lo entiendo todo» o «Ich weiss es schon (ya lo sé)». Análogamente, el dibujo de un objeto llevará a la supresión del término que lo designa: un signo verbal es reemplazado por un signo pictórico. Cuando se enseñó el dibujo de una brújula a un paciente de Lotmar, su respuesta fue: «Sí, es un... yo sé de qué se trata, pero no puede recordar la expresión técnica... Si... dirección... para in-

dicar la dirección... un imán señala el norte»¹⁵
 Tales pacientes no consiguen pasar, como diría Peirce, de un *índice* o un *icono* al *símbolo* verbal correspondiente¹⁶.

Aun la simple repetición de una palabra resulta para el paciente una redundancia innecesaria, por lo que es incapaz de repetirla pese a las instrucciones que puedan dársele. Un paciente de Head al que se pedía que repitiera la palabra «no» repuso: «No, no sé cómo hacerlo». Aunque empleaba espontáneamente la palabra en el contexto de su respuesta, no podía expresar la forma más pura de predicación ecuacional, la tautología $a=a$: «no» es «no».

Una de las aportaciones importantes de la lógica simbólica a la ciencia del lenguaje consiste en haber destacado la distinción entre lenguaje objeto y metalenguaje. Como dice Carnap, «si queremos hablar acerca de cualquier *lenguaje objeto*, necesitamos un *metalenguaje*»¹⁷. En estos dos distintos niveles del lenguaje pueden emplearse unos mismos recursos lingüísticos; así, podemos hablar en inglés (tomándolo como metalenguaje) acerca de la lengua inglesa, tomada como lenguaje objeto, e interpretar las palabras y frases inglesas mediante sinónimos, circunlocuciones y paráfrasis

¹⁵ F. LOTMAR: «Zur Pathophysiologie der erschweren Wortfindung bei Aphasischen», *Schweiz. Archiv für Neurologie und Psychiatrie*, XXXV (1933), pág. 104.

¹⁶ C. S. PEIRCE: «The icon, index and symbol», *Collected papers*, II (Cambridge, Mass., 1932).

¹⁷ R. CARNAP: *Meaning and necessity* (Chicago, 1947), pág. 4.

también inglesas. Es evidente que tales operaciones, que los lógicos llaman metalingüísticas, no son un invento de éstos: lejos de darse únicamente en la esfera de la ciencia, forman parte integrante de nuestros hábitos lingüísticos. Dos interlocutores tratan a menudo de comprobar si ambos están refiriéndose a un mismo código. «¿Me sigues? ¿Entiendes lo que digo?», pregunta el que habla; o bien es el oyente quien interrumpe diciendo: «¿Qué quieres decir?». Entonces el emisor del mensaje sustituye el signo equívoco por otro del mismo código lingüístico, o por un grupo de signos codificados, tratando así de hacerlo más accesible al decodificador.

La interpretación de un signo lingüístico a través de otros de la misma lengua, que en determinados aspectos pueden considerarse homogéneos, es una operación metalingüística que también desempeña un papel esencial en el aprendizaje del lenguaje por parte de los niños. Observaciones recientes han mostrado lo importante del lugar que ocupa la charla acerca del lenguaje en la conducta verbal de los niños en edad preescolar. El recurso al metalenguaje es necesario tanto para la adquisición del lenguaje como para el normal funcionamiento de éste. La ausencia en los afásicos de la «capacidad de nombrar» es, propiamente, una pérdida de metalenguaje. En realidad, los ejemplos de predicación ecuacional que se pedían en vano a los pacientes antes citados son proposiciones metalingüísticas referidas a la lengua empleada. Su formulación explícita sería:

«En el código que usamos, el nombre del objeto señalado es 'lápiz'»; o bien «En el código que usamos, la palabra 'soltero' y la circunlocución 'hombre no casado' son equivalentes».

Los afásicos de este tipo no pueden pasar de una palabra a sus sinónimos o circunlocuciones ni a sus heterónimos, es decir, las expresiones equivalentes en otros idiomas. La pérdida de capacidad políglota y consiguiente confinamiento en una sola variedad dialectal de una única lengua son manifestaciones sintomáticas de este trastorno.

Un prejuicio antiguo, pero que reaparece con frecuencia, considera que la única realidad lingüística concreta es la forma de hablar de un individuo determinado en un momento dado, el llamado *idiolecto*. Contra esta concepción se ha objetado lo siguiente:

«Cuando se habla por primera vez con alguien, siempre se intenta, deliberadamente o no, dar con un vocabulario común: bien para agradar, bien para hacerse comprender, bien, finalmente, para librarse de él, se emplean los términos del interlocutor. En el lenguaje no hay nada que recuerde a la propiedad privada: todo está socializado. El intercambio verbal, como toda otra forma de relación, requiere al menos la comunicación entre dos individuos; el idiolecto no es, pues, sino una ficción un tanto insidiosa»¹⁸.

¹⁸ R. JAKOBSON: «Results of the Conference of Anthropologists and Linguists», *Indiana University Publications in Anthropology and Linguistics*, VIII (1953), pág. 15.

Es preciso, sin embargo, hacer una reserva: para un afásico que ha perdido la capacidad de «conmutación del código», su «idiolecto» se convierte efectivamente en la única realidad lingüística. Como no juzga que el habla de los demás constituye mensajes que se le dirigen en su mismo sistema verbal, siente lo que expresó un paciente de Hemphil y Stengel: «Le oigo perfectamente, pero no puedo entender lo que dice... Oigo su voz pero no las palabras... No se puede pronunciar»¹⁹. Encuentra que el enunciado del otro es pura jeringonza, o al menos que pertenece a una lengua desconocida.

Como ya queda dicho, es la relación externa de contigüidad la que une entre sí los componentes de un contexto y la relación interna de semejanza la que permite el juego de las sustituciones. A ello se debe el que, para los afásicos cuya capacidad de sustitución se encuentra afectada, e intacta la de contextura, las operaciones en que interviene la semejanza sean reemplazadas por las basadas en la contigüidad. Podría predecirse que, en tales condiciones, toda agrupación semántica se guiaría por la contigüidad espacial o temporal en vez de por la semejanza; de hecho, los experimentos de Goldstein justifican esta suposición: una paciente de este tipo, a la que se pidió que diera una lista de nombres de animales, los dispuso en el mismo orden en que los había visto en el zoológico; análogamente, pese a que

¹⁹ R. E. HEMPHIL y E. STENGEL, «Pure word deafness», *Journal of Neurology and Psychiatry*, III (1940), págs. 251-62.

se le solicitaba que agrupara ciertos objetos según su color, tamaño y forma, los clasificó de acuerdo con su contigüidad espacial como objetos caseros, material de oficina, etc., y justificaba esta ordenación refiriéndose a los escaparates, en los cuales «no importa lo que es cada cosa», es decir, no es preciso que los objetos sean similares (págs. 61 y siguientes y 263 y siguientes; 66 y 275 de la trad. cast.). La misma enferma daba sus nombres a los colores fundamentales —rojo, azul, verde y amarillo— pero se negaba a llamar así también a los tonos intermedios (págs. 268 ss.; 279 de la trad. cast.), puesto que, para ella, las palabras no eran capaces de asumir significados derivados adicionales por semejanza con su significado original.

(Tiene razón Goldstein cuando señala que los enfermos de este tipo «asimilaban las palabras en su sentido literal, pero no se les podía hacer comprender el carácter metafórico de las mismas» (pág. 270; 283 de la trad. cast.)) Sin embargo, sería injustificado generalizar diciendo que el lenguaje figurado les resulta completamente incomprendible. De las dos tropos que constituyen los polos de la figuración retórica, la metáfora y la metonimia, esta última, basada en la contigüidad, es empleada con frecuencia por los afásicos con deficiencias selectivas. *Tenedor* reemplaza a *cuchillo*, *mesa* a *lámpara*, *fumar* a *pipa*, *comer* a *parrilla*. Head refiere un caso típico:

«Cuando no conseguía recordar la palabra 'negro', describía este color como 'lo que se

hace por los muertos', lo que abreviaba diciendo 'muerto'» (I, pág. 198).

Tales metonimias pueden caracterizarse como proyecciones de la línea del contexto habitual sobre la línea de sustitución y selección: un signo (*tenedor*, por ejemplo) que suele aparecer junto con otro (*cuchillo*) puede usarse en lugar de este último. Expresiones como «cuchillo y tenedor», «lámpara de mesa», o «fumar en pipa» han provocado las metonimias *tenedor*, *mesa*, *fumar*; la relación entre el uso de un objeto (una tostada por ejemplo) y el medio de producirlo da lugar a la metonimia *comer* por *parrilla*. «¿Cuándo se viste uno de negro?»

—«Cuando guarda luto por los muertos»: en lugar de nombrar el color, se designa la causa de su uso tradicional. El tránsito de la semejanza a la contigüidad es especialmente evidente en casos como el del paciente de Goldstein, que respondía con una metonimia cuando se le pedía que repitiera una palabra diciendo, por ejemplo, *crystal* en lugar de *ventana* o *cielo* en lugar de *Dios* (pág. 280; 293 de la trad. cast.).

(Cuando la capacidad de efectuar selecciones está seriamente dañada y se conserva, al menos parcialmente, la facultad de combinación, entonces la contigüidad determina la totalidad de la conducta verbal del paciente, dando lugar a un tipo de afasia que podemos llamar *trastorno de la semejanza*.)

IV. EL TRASTORNO DE LA CONTIGUIDAD

Desde 1864 se han destacado a menudo de entre las renovadoras aportaciones de Hughlings Jackson al estudio moderno del lenguaje y sus trastornos, observaciones como las siguientes:

«No basta con decir que el lenguaje se compone de palabras. Se compone de palabras que remiten unas a otras de una manera determinada; de no darse una relación adecuada entre sus partes, un enunciado verbal sería una mera sucesión de nombres que no formaría proposición alguna (pág. 66)»²⁰.

La pérdida del habla es la pérdida de la facultad de formar proposiciones... Carencia de habla no significa carencia completa de palabras (pág. 114).»²¹

²⁰ H. JACKSON: «Notes on the physiology and pathology of the nervous system» (1868), *Brain*, XXXVIII (1915), págs. 65-71.

²¹ H. JACKSON: «On affections of speech from disease of the brain» (1879), *Brain*, XXXVIII (1915), págs. 107-29.

La facultad de *formar proposiciones* o, dicho de un modo más general, de combinar entidades lingüísticas simples para constituir otras más complejas, se altera solamente en un tipo de afasia, el opuesto al que se acababa de estudiar en el capítulo anterior. No hay carencia de palabras, puesto que es precisamente la palabra la entidad que en muchos de estos casos se conserva; podemos definir la palabra como la unidad lingüística superior de las codificadas de modo coactivo: componemos nuestros enunciados y frases a partir del repertorio léxico que nos proporciona el código.

(En esta afasia en que se altera la capacidad de contextura, que podía llamarse *trastorno de la contigüidad*, disminuye la extensión y variedad de las frases. Se pierden las reglas sintácticas que disponen las palabras en unidades superiores: esta pérdida, llamada *agramatismo*, es causa de que la frase degenera en mero «montón de palabras», usando la imagen de Jackson²². El orden de palabras se vuelve caótico y desaparecen los vínculos de la coordinación y la subordinación gramaticales, tanto de concordancia como de régimen.) Como podría esperarse, las primeras en desaparecer son las palabras dotadas de funciones puramente gramaticales, como las conjunciones, las preposiciones, los pronombres y los artículos que, en cambio, son las más resistentes al trastorno de la semejanza; de ello surge el modo de expre-

²² H. JACKSON: «Notes on the physiology and pathology of language» (1866), *Brain*, XXXVIII (1915), páginas 48-58.

sión que se ha dado en llamar «estilo telegráfico». La palabra que menos dependa gramaticalmente del contexto será la que mejor se mantenga en el habla de los afectados por un trastorno de la contigüidad y la que, antes se pierda como consecuencia de trastornos de la semejanza (Por ello, el sujeto, pieza clave de la frase, es el primer elemento que hacen desaparecer de ésta los trastornos de la semejanza y el que más tardan en destruir las afasias del tipo opuesto.)

La afasia que altera la capacidad de contextura tiende a manifestarse en infantiles enunciados de una sola frase y en frases de una sola palabra. Si se conservan algunas frases más largas, son pocas, estereotipadas, «prefabricadas». En los casos avanzados de esta enfermedad todo enunciado se reduce a una frase de una palabra sola. Pero, si bien se va perdiendo la facultad de estructurar contextos, siguen efectuándose operaciones de selección. «Decir lo que es una cosa es decir a qué se parece», señala Jackson (pág. 125). Una vez que falla la contextura, el paciente, que sólo puede intercambiar los elementos de que dispone, maneja semejanzas y cuando identifica algo lo hace de modo metafórico, no ya metonímicamente, como los afásicos del tipo contrario. *Catalejo por microscopio y fuego por luz de gas* son ejemplos típicos de tales expresiones, que Jackson denominó *cuasimetafóricas*, ya que se distinguen de las metáforas retóricas o poéticas por no presentar una transferencia de significado deliberada.

En un sistema lingüístico normal, la palabra es a la vez un elemento de un contexto superior, la frase, y un compuesto de unidades menores: los *morfemas* (las unidades mínimas dotadas de significación) y los *fonemas*. Ya hemos visto cuál era el efecto del trastorno de la contigüidad en la combinación de palabras en unidades superiores. La relación entre la palabra y sus componentes refleja una alteración paralela, aunque de un modo ligeramente distinto. Un rasgo típico del agramatismo es la abolición de la flexión: aparecen categorías no marcadas, como el infinitivo, en lugar de las diversas formas del *verbum finitum* y, en las lenguas con declinación, el nominativo en lugar de los casos oblicuos. Estos defectos se deben en parte a la eliminación del régimen y la concordancia y, en parte, a la pérdida de capacidad de escindir las palabras en tema y desinencia. Además, un paradigma (en particular un conjunto de casos gramaticales como *él-lo-le*, o de tiempos como *vota-votó*) presenta un mismo contenido semántico desde distintos puntos de vista asociados entre sí por contigüidad, lo cual hace que el tipo de afásicos que estudiamos se incline aún más a rechazar tales conjuntos.

Por lo general, también las familias de palabras que derivan de una raíz común se hallan vinculadas semánticamente entre sí por contigüidad. Esta clase de enfermos tiende, bien a abandonar los términos derivados, bien a encontrarse incapaz de reducir a sus componentes la combinación de una raíz con un sufijo e incluso un compuesto de dos palabras. Se han

citado con frecuencia casos de pacientes que entendían y pronunciaban compuestos como *Miraflores* o *Torreblanca*, pero no podían decir ni comprender *mira* y *flores*, *torre* y *blanca*. Mientras se conserva el sentido de la derivación, de modo que todavía se usa para introducir innovaciones en el código, puede observarse cierta tendencia a la simplificación y el automatismo: si la palabra derivada constituye una unidad semántica que no puede deducirse completamente del significado de sus componentes, entonces se interpreta mal la Gestalt. Por ejemplo, la palabra rusa *mokr-ica* significa «carcoma», pero un afásico ruso la interpretó como «algo húmedo», especialmente «tiempo húmedo», porque la raíz *mokr-* significa «húmedo» y el sufijo *-ica* designa el portador de una determinada cualidad, como en *nelépica* «algo absurdo», *svetlícica* «habitación clara», *temnícica* «calabozo» (literalmente «habitación oscura»).

Cuando, antes de la Segunda Guerra Mundial, la fonología constituía el aspecto más discutido de la ciencia del lenguaje, ciertos lingüistas se mostraron escépticos frente a la afirmación de que los fonemas desempeñan realmente un papel autónomo en nuestra conducta verbal. Se llegó a sugerir que las unidades significativas del código lingüístico, como son los morfemas y, en mayor medida, las palabras, son las unidades mínimas que existen realmente en la acción verbal, mientras que las unidades meramente distintivas, como los fonemas, son construcciones artificiales destinadas a facilitar la descripción y el análisis científico de

una lengua. Esta opinión, que Sapir llamó «contraria al realismo»²³, permanece, sin embargo, perfectamente válida, referida a cierto tipo patológico: en una variedad de afasia que se ha llamado a veces «atáctica», la palabra es la única unidad lingüística que se conserva. El paciente tiene sólo una imagen enteriza, indisoluble, de todas las palabras que le son familiares; pero, bien todas las demás series de sonidos le resultan ajenas e incomprensibles, o bien las confunde con palabras habituales sin tener en cuenta las diferencias fonéticas. Uno de los pacientes de Goldstein «percibía algunas palabras, pero... no percibía las vocales y consonantes de que estaban compuestas» (página 218; 230 de la trad. cast.). Un afásico francés reconocía, comprendía, repetía y articulaba espontáneamente las palabras *café* o *pavé* (pavimento), pero era incapaz de captar, distinguir o repetir series sin sentido, como *féca*, *faké*, *kéfa* y *pafé*. Ninguna de estas dificultades se presenta a un oyente normal de lengua francesa, pues ni las series de sonidos citadas ni sus componentes son ajenos al sistema fonológico del francés. Tal oyente podría incluso suponer que se trataba de palabras desconocidas para él, pero tal vez pertenecientes al vocabulario francés y probablemente de significa-

²³ E. SAPIR: «The psychological reality of phonemes», *Selected Writings* (Berkeley y Los Angeles, 1949), págs. 46 y sigs. [Artículo publicado por primera vez en un número especial (1-4) de 1933 del *Journal de Psychologie*, traducido al castellano como H. DELACROIX, et al., *Psicología del lenguaje* (Paidós, Buenos Aires, 1952) (T.).]

dos distintos, pues difieren unas de otras por los fonemas que contienen o por el orden de éstos.

Si un afásico se vuelve incapaz de reducir la palabra a sus componentes fonemáticos, se debilita a la vez su capacidad de regir la construcción de aquélla, lo cual da lugar fácilmente a claras alteraciones de los fonemas y de sus combinaciones. La gradual regresión del sistema fónico del afásico repite con regularidad y en sentido inverso el orden de las adquisiciones fonemáticas del niño. Esta regresión implica una inflación de homónimos y una disminución del vocabulario. Si este desmantelamiento doble —fonemático y léxico— avanza aún más, quedan como últimos residuos del habla enunciados de una frase, frases de una palabra, palabras de un fonema: el afásico recae en las fases iniciales del desarrollo lingüístico infantil, e incluso en su etapa pre-lingüística, si alcanza, la *aphasia universalis*, la pérdida total de la facultad de usar o comprender el lenguaje.

La distinción entre la función distintiva y la significativa es una característica peculiar del lenguaje si lo comparamos con otros sistemas semióticos. Entre estos dos niveles del lenguaje surge un conflicto cuando el afásico con poder de contextura deficiente tiende a abolir la jerarquía de las unidades lingüísticas y a reducir la escala de éstas a un único plano. Este último nivel que se conserva es, bien una clase de valores significativos, la palabra, como en los ejemplos que hemos citado, bien una clase

de valores distintivos, el fonema. En este último caso, el enfermo conserva la capacidad de identificar, distinguir y reproducir fonemas, pero no puede hacer lo mismo con las palabras. En casos intermedios se identifican, distinguen y reproducen las palabras; pero, según lo expresó con precisión Goldstein, «pueden reconocerse, pero no se comprenden» (pág. 90, 96 de la trad. cast.). Aquí la palabra pierde su función significativa normal y asume la puramente distintiva que pertenece habitualmente al fonema.

V. LOS POLOS METAFORICO Y METONIMICO

La afasia presenta numerosas variedades muy dispares, pero todas ellas oscilan entre uno y otro de los dos polos que acabamos de describir. Toda forma de trastorno afásico consiste en una alteración cualquiera, más o menos grave, de la facultad de selección y sustitución o de la facultad de combinación y contextura. En el primer caso se produce una deterioración de las operaciones metalingüísticas, mientras que el segundo perjudica la capacidad del sujeto para mantener la jerarquía de las unidades lingüísticas. El primer tipo de afasia suprime la relación de semejanza; el segundo, la de contigüidad. La metáfora es ajena al trastorno de la semejanza y la metonimia al de la contigüidad.

Dos son las directrices semánticas que pueden engendrar un discurso pues un tema puede suceder a otro a causa de su mutua semejanza o gracias a su contigüidad. Lo más adecuado sería hablar de desarrollo metafórico

para el primer tipo de discurso y desarrollo metonímico para el segundo dado que la expresión más concisa de cada uno de ellos se contiene en la metáfora y la metonimia, respectivamente. El uso de uno u otro de estos procedimientos se ve restringido o totalmente imposibilitado por la afasia —circunstancia que da lugar a que el estudio de ésta resulte particularmente esclarecedor para el lingüista. En la conducta verbal normal, ambos procesos operan continuamente, pero una observación cuidadosa revela que se suele conceder a uno cualquiera de ellos preferencia sobre el otro por influjo de los sistemas culturales, la personalidad y el estilo verbal.

En un conocido *test* psicológico, se presenta un nombre a unos niños y se les pide que manifiesten la primera respuesta verbal que les pase por la imaginación. Este experimento muestra invariablemente que existen dos predilecciones lingüísticas opuestas: la respuesta trata de ser, bien un sustituto, bien un complemento del estímulo. En el segundo caso, el estímulo y la respuesta forman juntos una auténtica construcción sintáctica, las más de las veces una frase. Para estos dos tipos de reacción se han propuesto los términos de *sustitutiva y predicativa*.

«Una de las respuestas al estímulo *cabaña (hut)* fue *se ha quemado* (o *quemada: burnt out* en el original; T.); otro, *es una casa pequeña pobre*. Ambas reacciones son predicativas, pero la primera crea un contexto puramente narrativo, mientras que en la segunda se esta-

blece un doble enlace con el sujeto *hut*: por un lado, una contigüidad de posición (en este caso sintáctica), y por otro una semejanza semántica.)

El mismo estímulo dio lugar a las siguientes reacciones sustitutivas: la tautología *cabaña*; los sinónimos *choza* y *chamizo* (*cabin* y *hovel*); el antónimo *palacio* (*palace*) y las metáforas *cueva* y *madriguera* (*den* y *burrow*). La capacidad que tienen dos palabras de reemplazarse la una a la otra nos da un ejemplo de semejanza posicional; además, todas estas respuestas se hallan ligadas al estímulo por semejanza o contraste semánticos. Las respuestas metonímicas al mismo estímulo, como *chamiza*, *lecho de paja* o *pobreza* (*thatch*, *litter* y *poverty*) reúnen y hacen contrastar semejanza posicional y contigüidad semántica.

Al manejar estos dos tipos de enlace (por semejanza o por contigüidad) en los dos aspectos (posicional y semántico) de cada uno de ellos, escogiéndolos, combinándolos y ordenándolos, un individuo revela su estilo personal, sus predilecciones y preferencias verbales.

En el arte verbal la mutua acción de estos dos elementos se acentúa especialmente. Para el estudio de tal relación proporcionan ricos materiales de estudio aquellas formas de verificación que imponen un paralelismo entre versos sucesivos, como ocurre en la poesía bíblica (y galaico-portuguesa, T.) o en las tradiciones orales de Finlandia occidental y, hasta cierto punto, también en las rusas. Ello nos permite formarnos una opinión objetiva res-

pecto de aquello que constituye correspondencia dentro de una comunidad lingüística dada. Puesto que en todo nivel verbal —morfemático, léxico, sintáctico y fraseológico— puede aparecer cada una de las dos relaciones citadas (semejanza y contigüidad), y a su vez en cada uno de dos aspectos, se abre un enorme campo para posibles configuraciones distintas. Puede prevalecer cualquiera de los dos polos: así, en la poesía rusa, predominan las construcciones metafóricas para las canciones líricas, mientras que en la épica heroica el desarrollo metonímico es preponderante.

En poesía son varios los motivos que pueden determinar la elección entre estas posibilidades. La primacía del proceso metafórico en las escuelas literarias del romanticismo y del simbolismo se ha reconocido repetidas veces, pero todavía no se ha comprendido lo suficiente que en la base de la corriente llamada «realista», que pertenece a una etapa intermedia entre la decadencia del romanticismo y el auge del simbolismo y se opone a ambos, se halla, rigiéndola de hecho, el predominio de la metonimia. Siguiendo el camino de las relaciones de contigüidad, el autor realista pasa metonímicamente de la trama a la atmósfera y de los caracteres al encuadre espacio-temporal. Gusta de los detalles cuya función es la de una sinécdoque. En la escena del suicidio de Anna Karenina, la atención artística de Tolstoi se centra en el bolso de la heroína; y, en *Guerra y paz*, el mismo autor emplea las sinécdoques «pelo en el labio superior» y «hombros desnudos»

para referirse a los personajes femeninos a quienes pertenecen tales rasgos)

La observación de que tales procesos predominan alternativamente no es únicamente válida para el arte verbal. Una idéntica oscilación se produce en sistemas de signos ajenos al lenguaje ²⁴. (Un destacado ejemplo de la historia de la pintura es la manifiesta orientación metonímica del cubismo, el cual transforma cualquier objeto en un conjunto de sinécdoques; los pintores surrealistas replicaron con una actitud decididamente metafórica.) Desde las producciones de D. W. Griffith, el arte del cine con su notable capacidad para cambiar el ángulo, la perspectiva y el enfoque de las tomas, ha roto con la tradición del teatro, consiguiendo una variedad sin precedentes de primeros planos en sinécdoque y, en general, de montajes metonímicos. En obras como las de Charlie Chaplin, estos métodos a su vez se han visto reemplazados por un nuevo montaje metafórico, con sus fundidos superpuestos, las comparaciones del cine ²⁵.

La estructura bipolar del lenguaje (o de otros

²⁴ Yo mismo he arriesgado algunas opiniones esquemáticas sobre los giros metonímicos en el arte verbal («Pro realizm u mystectvi», *Vaplite*, Jarkov, 1927, núm. 2; «Randbemerkingen zur Prosa des Dichters Pasternak», *Slavische Rundschau*, VII, 1935), en la pintura («Futurizm», *Iskusstvo*, Moscú, 2 agosto 1919) y en el cine («Upadek filmu», *Listy pro umění a kritiku*, I, Praga, 1933), pero la cuestión crucial de los dos procesos polares se halla todavía pendiente de investigación detallada.

²⁵ Cf. BELA BALAZS: *Theory of the film* (London, 1952).

sistemas semióticos) y la fijación del afásico en uno de estos polos con exclusión del otro requieren un estudio comparativo sistemático. La conservación de uno de estos extremos en cada tipo de afasia debe cotejarse con el predominio del mismo en ciertos estilos, hábitos personales, modas, etc. Un análisis y una comparación detalladas de estos fenómenos con la totalidad del síndrome afásico correspondiente son tareas urgentes que deben emprender conjuntamente especialistas en psicopatología, psicología, lingüística, poética y semiótica, la ciencia de los signos en general. La dicotomía que estamos estudiando resulta en extremo significativa y pertinente para toda la conducta verbal y para la conducta humana considerada globalmente²⁶.

Para mostrar las posibilidades que tiene la investigación comparada que preconizamos, escogeremos el ejemplo de un cuento popular ruso que emplea el paralelismo como resorte cómico: «Tomás es soltero; Jeremías no está casado» (*Fomá xólost; Erjóma neženát*). Aquí los predicados de las dos cláusulas paralelas se hallan asociados por semejanza; en realidad, son sinónimos. Los sujetos de ambas ora-

²⁶ Para los aspectos psicológicos y sociológicos de esta dicotomía, véanse las opiniones de Bateson sobre la «integración progresiva» y «selectiva», y las de Parsons sobre la «dicotomía conjunción-disyunción» en el desarrollo del niño: J. RUESCH y G. BATESON: *Communication, the social matrix of psychiatry* (Nueva York, 1951), págs. 183 y sigs.; T. PARSONS y R. F. BALES: *Family, socialization and interaction process* (Glencoe, 1955), págs. 119 y sigs.

ciones son nombres propios masculinos y, por tanto, similares morfológicamente, mientras que por otra parte designan a dos héroes contiguos del mismo cuento, creados para llevar a cabo idénticas acciones y, de este modo, justificar el empleo de pares de predicados sinónimos. Una versión ligeramente modificada de la misma construcción se emplea en una conocida canción de boda en la cual se va nombrando sucesivamente a todos los invitados, primero por el nombre de pila y luego por el patronímico: «Gleb es soltero; Ivanovič no está casado.» Mientras que ambos predicados son de nuevo sinónimos, la relación entre los dos sujetos ha cambiado: ambos son nombres propios que se refieren a la misma persona y que normalmente aparecen contiguos, como fórmula de cortesía, al dirigirse a alguien.

En la cita del cuento popular, las dos cláusulas paralelas se refieren a dos hechos independientes: el estado civil de Tomás y el de Jeremías, que son idénticos. En cambio, en el verso de la canción las dos cláusulas son sinónimas: repiten de modo redundante que un mismo héroe es célibe, escindiendo a éste en dos hipóstasis verbales.

El novelista ruso Gleb Ivanovič Uspenskij (1840-1902) padeció en los últimos años de su vida una enfermedad mental que traía consigo trastornos del lenguaje. Su nombre y su patronímico, *Gleb Ivanovič*, unidos tradicionalmente en el diálogo no familiar, se separaron para él, pasando a designar a dos seres diferentes: Gleb, dotado de todas sus virtudes, e Iva-

novič, el nombre que relaciona al hijo con su padre, que encarnaba todos los vicios de Upen-skij. El aspecto lingüístico de este desdoblamiento de la personalidad consiste en la incapacidad del enfermo para usar dos símbolos para un mismo objeto, es decir, en un trastorno de la semejanza. Como los trastornos de la semejanza van unidos a una propensión a la metonimia, se hace particularmente interesante el estudio del estilo literario empleado por Uspenskij en su juventud. Y el estudio de Anatolij Kamegulov, que analizó este estilo, responde a nuestras previsiones teóricas. Muestra que Uspenskij tenía una especial afición a la metonimia y, sobre todo, a la sinécdoque, hasta el extremo de que «el lector se ve aplastado por la multiplicidad de detalles que recargan un espacio verbal limitado, de forma que muchas veces se pierde el retrato por incapacidad de abarcar el conjunto»²⁷.

²⁷ A. KAMEGULOV: *Stil' Gleba Uspenskogo* (Leningrado, 1930), págs. 65, 145. He aquí uno de los retratos desintegrados de que habla la monografía: «Bajo una antigua gorra de paja con una mancha negra en el escudo, asomaban dos mechones parecidos a colmillos de jabalí; una papada que se había vuelto gorda y colgante acababa de extenderse sobre el cuello grisiento de la pechera estampada y formaba una gruesa capa encima de las solapas bastas de su chaqueta de dril, abrochada apretando el cuello. Por bajo de esta chaqueta emergían hacia los ojos del observador unas manos macizas con un anillo que penetraba en la carne del dedo gordo, un bastón con puño de cobre, una acentuada prominencia estomacal y la presencia de unos pantalones muy anchos, como de percal, en cuyos amplios extremos se escondían las puntas de las botas.»

Desde luego, el estilo metonímico de Uspenskij procede del modelo literario que predominaba en su tiempo, el «realismo» de fines del siglo XIX, pero el sello personal de Gleb Ivanovič hizo a su pluma particularmente apta para las manifestaciones más extremas de esta corriente artística y, finalmente, dejó su huella en el lado verbal de su enfermedad.

En todo proceso simbólico, tanto intrapersonal como social, se manifiesta la competencia entre el modelo metafórico y el metonímico. Por ello, en una investigación acerca de la estructura de los sueños, es decisivo el saber si los símbolos y las secuencias temporales se basan en la contigüidad (para Freud, el «desplazamiento», que es una metonimia, y la «condensación», que es una sinécdoque) o en la semejanza (la «identificación» y el «simbolismo» en Freud)²⁸. Frazer ha clasificado en dos tipos los principios que rigen los ritos mágicos: encantamientos fundados en la ley de la semejanza y en la asociación por contigüidad. La primera de estas dos grandes ramas de la magia por simpatía se ha denominado «homeopática» o «imitativa» y la segunda «magia por contagio»²⁹. Esta bipartición es sumamente esclarecedora. No obstante, la cuestión de los

²⁸ S. FREUD: *Die Traumdeutung*, 9.ª ed. (Viena, 1950). [Trad. cast. en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1948; reeditada por Alianza Editorial, Madrid, 1967.]

²⁹ J. G. FRAZER: *The golden bough: A study in magic and religion*, Parte I, 3.ª ed. (Viena, 1950), cap. III. [Trad. cast. de la ed. abreviada, México, F. C. E., 3.ª ed., 1956.]

dos polos permanece ignorada en casi todos los campos, pese a su vasto alcance y a su importancia de cara al estudio de toda conducta simbólica, especialmente verbal, y de sus alteraciones. ¿Cuál es la razón principal de esta ignorancia?

La semejanza del significado establece una relación entre los símbolos de un metalenguaje y los del lenguaje al que éste se refiere. También la relación entre un término metafórico y el término que reemplaza se establece por semejanza. Por consiguiente, cuando construye un metalenguaje destinado a interpretar los tropos, el investigador posee unos medios más adecuados para tratar de la metáfora que para manejar la metonimia, la cual, por basarse en un principio diferente, se resiste muchas veces a la interpretación. Este es el motivo de que, para la teoría de la metonimia, no pueda citarse ni mucho menos una bibliografía tan abundante como la acumulada sobre el tema de la metáfora³⁰. Por igual causa suele advertirse que el romanticismo se halla estrechamente vinculado a la metáfora, mientras que los vínculos no menos estrechos del realismo con la metonimia, permanecen ignorados. El instrumento del observador no es el único responsable del predominio de la metáfora sobre la metonimia en la crítica. Como la poesía se centra en el signo, y la prosa pragmática principalmente en el referente, los tropos y las figuras se han venido estudiando sobre todo en cuanto recur-

³⁰ C. F. P. STUTTERHEIM: *Het begrip metaphoor* (Amsterdam, 1941).

sos poéticos. El principio de la semejanza rige la poesía; el paralelismo métrico de los versos o la equivalencia fónica de las palabras que riman suscitan la cuestión de la semejanza y el contraste semánticos; existen, por ejemplo, rimas gramaticales y antigramaticales, pero nunca rimas agramaticales. La prosa, en cambio, se desarrolla ante todo por contigüidad. Por lo tanto, la metáfora, en poesía, y la metonimia, en prosa, constituyen las líneas de menor resistencia, y a causa de ello el estudio de los tropos poéticos se dedica fundamentalmente a la metáfora. La bipolaridad que realmente existe se ha reemplazado en estos estudios por un esquema unipolar amputado que coincide de manera sorprendente con una de las formas de la afasia, o sea, con el trastorno de la contigüidad³¹.

³¹ Agradezco a Hugh McLean su valiosa colaboración, y a Justinia Besharov sus originales observaciones sobre los tropos y las figuras.